

EL TILO DE LOS SUEÑOS

5º

<https://ideaswaldorf.com/el-tilo/>

Posiblemente han pasado cien o más años desde que un rayo había caído en él, cortándolo desde arriba hasta abajo, y ahora pasa el arado por este mismo lugar: por otra parte, hace mucho tiempo, allá se encontraba un viejo y majestuoso tilo, unos cien pasos antes de llegar a la primera casa del pueblo, en una loma verde cubierta de pasto. Ahora ya no existen semejantes árboles, porque tanto los animales y Hombres, como también las plantas y árboles cada día quedan más chicos y deplorables. Según los campesinos, este tilo tendría su origen en el tiempo de los idólatras y uno de los santos apóstoles hubiera sido muerto debajo de este tilo.

Luego, se cuenta que las raíces del árbol hubieran bebido la sangre apostólica, y cuando ésta había llegado al tronco y a las ramas, él hubiera empezado a crecer tan grande y fuerte.

¿Quién sabe si eso es cierto?

De todos modos, dicho tilo es un caso muy particular; cada uno en el pueblo, tanto los chicos como los grandes lo sabían.

Es así: cuando uno se ponía a dormir y soñar debajo del árbol, podía estar seguro de que su sueño más tarde se realizaría.

Por eso, desde los tiempos antiguos le pusieron el nombre "El Tilo de los Sueños" y nadie le llamaba de otra manera. Mas había una condición: quien se acostara debajo del árbol no debería pensar en lo que quizás pudiera soñar. Si así lo hiciera, no soñaría otra cosa que cachivaches u otras cosas caóticas, con las cuales nadie sabría qué hacer. Desde luego, fue una condición muy difícil, porque la mayoría de los Hombres son curiosos y por eso no les saldría nada a quienes hicieran el intento.

En el tiempo en que este cuento se contaba, por cierto, no hubo nadie, ni hombre ni mujer que una sola vez hubiera tenido buena suerte. Pero aun así es verdad lo del Tilo de los Sueños, téngalo ustedes por seguro.

Ahora bien, un día caluroso en verano, cuando no corría ni un soplo de aire, llegó caminando un pobre menestral ambulante quien había pasado muchos años malos en el extranjero. Antes de volver al pueblo otra vez, miró todos los bolsillos de su traje en vano: estaban totalmente vacíos.

"¿Qué vas a hacer?"; pensó, "estás cansadísimo, además, ningún posadero te aceptaría sin dinero, y pedir limosna es un oficio muy molesto".

En ese momento descubrió el precioso tilo en medio de la loma verde, tan sólo a unos pasos de su camino. De una vez se acostó debajo de él en el pasto para descansar un rato; sin embargo, el árbol tenía un extraño crujido, y mientras sus ramas se movían suavemente, dejaba escapar - ya por aquí, ya por allá - unos finos rayos centellantes de sol; además brillaba - ya por aquí, ya por allá - un pedacito de cielo azul: entonces se le cerraron los ojos y se quedó dormido.

El menestral ya estaba dormido, cuando el tilo dejó caer una pequeña rama con tres hojas que se pegó en medio de su pecho. Enseguida, el joven soñó que estaba sentado en la mesa de un cuarto agradable, sabiendo al mismo tiempo que el cuarto y la casa eran suyos. En frente de la mesa estaba parada una joven mujer, apoyándose con las dos manos en la mesa, mirándolo amablemente; y ella era su mujer. En sus rodillas estaba sentado un niño, a quien le daba su atole muy caliente, siempre soplando la cuchara. Luego, la mujer, le dijo riéndose:

"¡Qué buena nana eres, querido!"

Mas en el cuarto habló todavía otro niño, un gordo cachetón, que tenía amarrado en un hilo una gran zanahoria, que jaló detrás de sí siempre gritando:

¡Arre! y ¡so!, como si fuera el mejor caballo.

Los dos niños también eran suyos. Así parece que su sueño le gustó muchísimo, porque su sonrisa se reflejó por toda la cara.

Cuando se despertó, ya casi había anochecido; estaba parado en frente de él un pastor, tejiendo, acompañado de sus ovejas. Rápidamente el menestral se levantó refrescado, se estiró enderezándose y dijo:

"¡Ay Dios, si esto fuera realidad! Aun así, qué bonito sería, por lo menos saber que esto podría ser así!"

Luego el pastor se le acercó para preguntarle de dónde venía, hacia dónde iría y si antes ya había oído algo sobre este árbol. Cuando estuvo seguro que el joven era tan inocente como un niño recién nacido, exclamó:

"¡Tú eres un afortunado! En tu cara se refleja que soñabas algo bonito; te estaba observando buen rato en tu sueño."

Después le dio a conocer la cualidad de este árbol.

"Lo que soñaste se te realizará. Eso es tan cierto como que aquí hay una oveja y allá un carnero. Puedes preguntar a la gente del pueblo, si no tengo razón. ¡Pero, ahora de una vez, dime que soñaste!"

"Viejito", replicó el menestral sonriendo, "así se interroga a los campesinos. Guardaré en secreto mi precioso sueño, eso lo tienes que aceptar. Además verás, ¡que jamás se realizará!", dijo muy convencido.

En seguida, caminando hacia el pueblo, murmuró para sí mismo:

"Pamplinas, payasadas! Quisiera saber, de dónde el árbol sacó esa ciencia!"

Llegando al pueblo, vio en la tercera casa que de su techo salía colgado un largo palo, cargando en su punta una corona dorada; y en la entrada estaba parado el posadero mismo. Parecía sentirse muy bien porque ya había cenado, estaba totalmente satisfecho y era su mejor hora del día. El menestral cortésmente se quitó su sombrero, preguntando si lo aceptaría para pasar la noche en su casa por una recompensa de Dios. El posadero del hostal "La Corona" miró desde arriba hasta abajo al guapo joven con sus vestidos gastados llenos de polvo, entonces, movió la cabeza amablemente diciendo:

"Puedes sentarte aquí en el cenador cerca de la puerta, seguramente quedó un pedazo de pan y una jarra de vino para ti. Mientras tanto, te pueden preparar un lecho en el heno."

Con esas palabras desapareció, pero le mandó a su hija que le sirviese pan y vino. Ella se sentó a su lado y le dejó narrar sus aventuras en el extranjero. Luego ella le platicó todo lo que sabía del pueblo: cómo estaba el trigo, que la vecina había tenido gemelos y que próximamente habría un baile en "La Corona".

De repente, ella misma se interrumpió, se levantó e inclinándose hacia el muchacho sobre la mesa le preguntó:

"¿De dónde sacaste esas tres hojas que tienes enfrente de tu camisa?"

Hasta ese momento el joven no había notado la ramita de tres hojas que se le había pegado durante su sueño, y que estaba adherida a su camisa.

"Parece que son del tilo grande que crece a la entrada del pueblo", replicó, "donde eché una pequeña siesta debajo".

La muchacha lo miró fijamente, esperando que continuara platicando; al callarse, ella empezó, cuidadosamente, a investigar para estar segura de que él verdaderamente había dormido debajo del Tilo de los Sueños. Entonces rondó la olla por tanto tiempo, hasta asegurarse de que él no supiera nada de la misteriosa fuerza y cualidad del Tilo de los Sueños.

Por supuesto, él fue un pícaro actuando de manera como si no supiera nada de nada. Terminándose la comida, ella trajo otro jarrón de vino, animándole a tomar más y más, y siguió platicando un poco de todo lo que ella había soñado y cómo nunca se había cumplido nada de nada.

Mientras tanto, el pastor regresó con sus ovejas por la calle principal del pueblo. Al pasar por "La Corona" vio a la muchacha en el cenador hablando intensamente con el menestral; entonces se paró un momento, diciendo:

"¡Bueno, bueno, a ella está narrando su sueño, a mí no me quiso decir nada!"

Luego continuó su camino con las ovejas.

Más que nunca, a la muchacha le dio curiosidad y cuando el joven todavía no había empezado a decir nada de su sueño, ya no pudo resistir el preguntarle directamente si no había soñado algo debajo del tilo.

El muchacho, con cierta suspicacia, muy animado y alegre por su precioso sueño, hizo una cara astuta mientras guiñaba los ojos diciendo:

"Por cierto, tuve un precioso sueño y no me atrevo a decir cómo fue"

No obstante, ella le insistió obligándolo a decirlo. Entonces, él se le aproximó y seriamente le contó:

"¡Imagínate que soñé que algún día me casaría con la hija del posadero de "La Corona"; y más tarde me convertiría yo mismo en posadero!"

La muchacha primero palideció para después enrojarse como púrpura y rápidamente se metió a la casa. Pasado un rato, regresó para preguntarle si era cierto lo que había soñado.

"¡Cómo no!", replicó, "la que apareció en mi sueño se veía igual que tú".

La muchacha luego volvió otra vez a la casa y ya no regresó. Se retiró a su recámara para meditar sobre los pensamientos que le pasaban por el corazón como el agua por la presa: cada vez... nuevos, cada vez distintos y siempre regresando; así que nunca terminaban. Pensó:

"Él no sabe nada del árbol y lo ha soñado; sea como sea, esto será nuestro futuro, ya no hay remedio".

Luego se acostó para soñar toda la noche con el joven. Cuando se despertó a la mañana siguiente recordaba muy bien la cara que tantas veces la había visto durante la noche y por cierto, era un muchacho muy guapo.

En cambio, el joven había dormido perfectamente bien. El Tilo de los Sueños, su sueño y todo lo que había dicho a la hija del posadero ya se le había olvidado.

Estaba de pie en la puerta de la sala, a punto de despedirse del posadero. En este momento llegó ella, y viéndolo listo para marcharse, le entró un extraño pánico, como si no quisiera dejarlo salir.

"Padre", dijo, "todavía no está sacado el vino del tonel y el joven no tiene nada que hacer. ¿No podría quedarse un día más para ganarse su cuenta y además un poco de dinero?"

Al parecer, el sacar el vino fue muy lento; mientras, la muchacha encontraba más y más razones para llamar al menestral del sótano. Cuando por fin el tonel estaba vacío y las botellas llenas, la chica opinó que sería muy útil que el muchacho todavía ayudara un poco más en el campo. Cuando también había terminado este trabajo, todavía encontró más quehaceres en el jardín, en lo que nadie había pensado antes.

Ahora bien, así pasó una semana tras otra y cada noche la muchacha soñaba lo mismo.

Al anochecer, acostumbraban sentarse en el cenador en frente de la casa; y cuando él platicaba de sus malas experiencias con la gente en el extranjero, ella siempre frotaba sus ojos con el delantal, como si se hubiera metido un zancudo o un pelo.

Pasado un año, el menestral todavía estaba en la casa; todo quedó fregado, fina arena blanca cubrió los pisos en los cuartos, que estaban adornados con pequeñas ramas de pino para festejar un día muy especial para todo el pueblo: la boda de la hija del posadero con el joven artesano, y todo el mundo estaba muy alegre y contento. Y quien no lo estuvo por ser un envidioso, por lo menos fingió estarlo.

Había pasado un tiempo, cuando el posadero otra vez tuvo su mejor hora del día y, como de costumbre estando satisfecho, mientras estaba sentado en su sillón durmiendo. Como no se despertaba a la hora acostumbrada, lo encontraron allí - muerto como un palo. En este momento, el menestral se convirtió verdaderamente en el posadero de "La Corona", como lo había predicho bromeando.

Todo lo demás también se realizó exactamente de la manera como lo había soñado bajo el Tilo de los Sueños. Desde luego, pronto tuvo dos niños y es muy probable que un día uno de ellos subiera a sus rodillas y él le diera de comer, soplando la cuchara; y seguramente al mismo tiempo, el otro niño correría por todos lados, jalando por atrás una zanahoria aunque el hombre que me ha narrado este cuento, no me lo ha dicho y a mí se me ha olvidado preguntárselo. Seguramente así ha sucedido porque precisamente lo que uno ha soñado debajo del Tilo de los Sueños se cumple religiosamente.

Ahora bien, más o menos habían pasado cuatro años desde la boda, y un día el joven, ahora ya posadero, estaba sentado en la taberna, cuando entró su mujer, y de pie frente a él le dijo:

"Fíjate, ayer al medio día se durmió uno de nuestros mozos bajo el Tilo de los Sueños, sin fijarse en nada. ¿Y sabes qué ha soñado? Soñó que sería muy rico, ¿y quién fue? Pues el viejo Gaspar, quién es tan tonto que da lástima y al que por pura compasión no se le despide de su trabajo. ¿Qué hará él con tanto dinero?"

Su esposo se rio, replicando:

"¿Cómo puedes creer esas tonterías siendo una mujer tan inteligente? Piénsalo bien, ¿es posible que un árbol, por ser el más bello y viejo de todos puede saber el futuro?"

En este momento, la mujer miró a su esposo con grandes ojos, sacudiendo la cabeza y seriamente le dijo:

"¡Marido, no peques contra el Tilo de los Sueños!" No hay que tomarse esas cosas a broma."

"No estoy bromeando", replicó el hombre.

Por buen rato la mujer no dijo nada, como si no lo hubiera entendido bien, para luego seguir:

"¿Por qué tanto brinco? Yo pienso que tú tienes toda razón de sentir agradecimiento hacia el viejo, santo árbol. ¿No es cierto que todo se realizó exactamente como tú lo habías soñado?"

Dicho eso, el hombre hizo una cara muy amable y cariñosamente le comentó:

"Dios sabe que estoy agradecido, a él y a ti; así, fue un sueño precioso!" Parece que hubiera pasado ayer, pues bien me acuerdo de cada detalle; al contrario, todo salió mil veces mejor que mi sueño y tú también eres mil veces más amable y guapa que aquella joven mujer que entonces me apareció en mi sueño".

De nuevo, la mujer lo miraba con asombro, mientras él seguía diciendo:

"En cuanto al árbol y mi sueño, mi corazón piensa que al que le encanta bailar, rápidamente se procura la música, o, en otras palabras, según uno grita al bosque, así mejor oye el eco. Después de sufrir tantos años entre la gente ajena, no fue un milagro el que de repente soñara algo bonito"

"¡Mas, qué coincidencia que te fueras a casar conmigo!"

"Bueno, nunca lo soñé precisamente así! Solamente vi una mujer con dos hijos que ni eran tan guapos como tú y los niños ".

"¡Vaya!" gritó la mujer, "¿quieres renegar del árbol o de mí? ¿No me dijiste el primer día en que nos encontramos que habías soñado que te ibas a casar conmigo y convertirte en el posadero de "La Corona"?"

En seguida, el hombre se acordó de la broma que se permitió entonces con su actual esposa y le dijo:

"Ni modo, querida mujer, de veras, aquel día no soñé precisamente contigo, y si lo dije solamente fue de broma. Como tú estabas tan curiosa te quería vacilar un poco."

La mujer luego rompió en lágrimas y salió. Después de un rato, él la siguió, la encontró en el patio cerca de la fuente, siempre llorando, y en vano trató de consolarla.

"¡Me robaste mi amor y me engañaste en mis sentimientos!" exclamó, "¡jamás podré ser feliz!"

Luego él le preguntó:

*"¿No es cierto que me querías como a ninguna otra persona en el mundo?
¿Acaso no hemos vivido tan contentos y felices como nadie más en el pueblo?"*

Todo eso era cierto, aceptó ella, pero a pesar de toda persuasión se quedó triste como antes.

El hombre pensó:

"¡La dejaré que solloce! Durante la noche van a surgir diferentes pensamientos y mañana ella será la de antes."

Pero se equivocó. Al otro día, por cierto, ya no lloraba la mujer, pero con cara seria y triste evitó ver a su esposo.

Fue imposible tratar de consolarla en ningún momento porque la mayor parte del día se retiró a un rincón para cavilar, y al entrar su esposo se asustó.

Como esa situación había durado varios días sin cambio alguno, también al hombre le invadió una gran tristeza, temiendo haber perdido para siempre el amor de su mujer. Tranquilo vagó por la casa, pensando en cómo podría terminar tal situación, pero nada se le ocurrió.

Un buen día, salió del pueblo, tomando el camino hacia el campo. Era un día caluroso; no había ninguna nube en el cielo y el trigo maduro ondeaba como un lago dorado. Mientras los pájaros cantaban, su corazón estaba lleno de aflicción. De repente vio de lejos el viejo Tilo de los Sueños elevándose como la reina de los árboles hacia el cielo. Le pareció, como si lo llamara con sus ramas verdes, siendo su viejo y buen amigo. El joven posadero se le acercó, y sentándose en su sombra, empezó a reflexionar sobre el tiempo pasado.

Casi cinco años habían pasado desde que, siendo un pobre diablo, la primera vez había descansado con tan dulces sueños, debajo de este árbol.

¡Ay, que preciosos fueron, y solamente han durado cinco años! - ¿Y ahora? ¡Todo pasado! ¿Todo pasado, para siempre?

De nuevo el tilo empezó a susurrar, -igual que hace cinco años-, moviendo sus poderosas ramas. Mientras las movía dejó pasar, como entonces -ya por aquí, ya por allá - un fino rayo brillante de sol, y - ya por aquí, ya por allá - apareció un pedacito de cielo azul. Al instante, su corazón se calmó y pronto se durmió; por sus preocupaciones no había dormido durante varias noches. No pasó mucho tiempo, y le surgió el mismo sueño de aquel entonces con la mujer en la mesa. Al igual que con los niños jugando teniendo las acostumbradas y queridas caras de su familia. Y su mujer le miró con cariño - ¡ay, tan cariñosamente!

En eso se despertó, y dándose cuenta de que solamente había sido un sueño, se puso más triste todavía. Arrancó una pequeña rama del tilo, regresó a su casa y la puso en su libro de canto. Cuando la mujer fue a salir a misa, al siguiente día - que fue domingo - se le cayó la ramita del libro. Entonces su esposo, estando a su lado, se sonrojó y rápido se agachó para meterla en su bolsa; pero la mujer se dio cuenta y le preguntó por la hoja:

"¡Es del Tilo de los Sueños, él tiene más compasión conmigo que tú!" le contestó el hombre.

"Sabes, cuando ayer estaba afuera, sentado bajo el árbol, me dormí; el tilo, por supuesto, con la intención de consolarme, me hizo tener el mismo sueño en el que tú eras igual que antes y ya no tan triste. ¡Desgraciadamente, eso no es cierto! No es válido, lo del viejo y buen tilo; es un precioso árbol pero no sabe nada del futuro."

Entonces, la mujer primero le miró desconcertada, para luego empezar a brillar como un rayo del sol, que pasó por su cara:

"¡Marido! ¿es cierto que soñaste eso?"

"¿Cómo no va a ser cierto?" replicó él firmemente y ella se dio cuenta de la verdad de sus palabras porque en su rostro contuvo el llanto.

"¿Y era yo verdaderamente tu mujer?"

Cuando él también afirmó eso, su esposa le abrazó y le dio tantos besos que casi no se pudo salvar de ella.

"¡Bendito sea Dios!" exclamó ella, *"¡ahora otra vez todo está bien porque te amo tanto! ¡tú no sabes cómo te amo! En esos días me dio miedo quererte porque no estaba segura de que Dios no me hubiera destinado otro esposo. Aun así, es un hecho que me*

has robado el corazón, ¿verdad?, hombre malvado, tú además me engañaste bastante!
— Si, me lo robaste, sin embargo, mas ahora sé que todo esto no te ha servido para nada, porque de todos modos hubiera pasado así de esa manera."

Después de esperar un rato, siguió:

"¿Verdad, tú jamás hablarás mal del Tilo de los Sueños?"

"No, nunca jamás, porque creo en él, aunque quizás un poco distinto, pero no menos firme que tú. ¡Tenlo por seguro!

La rama con las hojas la pegaremos en la primera hoja del libro de canto, ... ¡para que nunca se nos pierda!"

1.El ti - lo que som-bre - a la ca - sa en que na - cí, e -
2.De - ba - jo de sus ra - mas, di - cho - so yo so - ñé, de a
3.Y a - ho - ra que es - toy le - jos y sé lo que es lu - char, a -

5

vo - ca los re-cuer-dos más gra - tos pa__ ra mí. La in-fan - cia ven-tu-
mor en su cor - te - za pa - la - bras yo__ gra - bé. Su som-bra a-co-ge
que - llas dul-ces ho - ras qui-sie - ra re__mem-brar en que a la gra-ta

<https://ideaswaldorf.com/el-tilo/>

Aportación La Comunidad de Cristianos